

014. La muerte cristiana

Está muy metido en la conciencia cristiana que una de las gracias más grandes —la más grande, sin duda— que Dios nos puede conceder es la de una muerte santa. La sabiduría popular lo ha expresado con la consabida coplilla:

- *Es la ciencia consumada - el que el hombre en gracia acabe, - porque, al fin de la jornada, - aquel que se salva, sabe, - y el que no, no sabe nada.*

Es cierto: muerte en gracia, Cielo seguro. Y, una vez metidos en el Cielo, eternidad feliz en el seno de Dios para siempre, para siempre...

Con esta fe, la palabra más dura —muerte— se ha convertido en una de las más sonoras del diccionario. Así se expresaba uno de los mayores teólogos que la tenido la Iglesia. Avanzaba la edad, no se podía hacer ya ilusiones de vida larga, pensaba en su fin no lejano, y exclamaba:

- *¡No sabía yo que fuese tan dulce el morir!... (Francisco Suárez)*

Esto ha sido una constante en la Iglesia. Desde que San Pablo nos dijo que el morir era para él una verdadera ganancia (Filipenses 1,21) —*una ganga*, traduciríamos mejor en nuestro lenguaje de hoy—, porque le llevaba a estar con el Señor para siempre, la muerte ha perdido todo el veneno de su aguijón.

Nosotros sabemos mirar la muerte con optimismo verdadero. Y damos razón a la joven Teresa del Niño Jesús, que contesta al capellán cuando le recomienda resignación ante el desenlace previsto:

- *¿Resignación par morir? ¡No! Resignación, en todo caso, para vivir...*

El hombre, todo hombre, cada uno de nosotros, no quiere morir, sino vivir, y vivir siempre. Esto ha ocurrido, ocurre y ocurrirá en todas las épocas de la historia. Todas las religiones, por otra parte, prometen una vida más allá de la actual.

Esto responde al plan de Dios, que nos ha creado para la vida, y no para la muerte. Es un sentimiento que llevamos dentro, y que nadie podrá suprimir en la naturaleza.

Por eso Dios, el mismo que nos sentenció en el paraíso después de aquel mordisco fatal a la manzana, nos ha hecho la promesa de una vida inmortal. Si morimos no es para morir, sino para vivir para siempre.

Hoy se ha difundido mucho la creencia de la *reencarnación*, sobre la cual hemos de decir que no tiene ninguna base ni científica ni experimental. ¿Quién ha visto a uno siquiera que haya vuelto al mundo después de muerto? Creen en la reencarnación precisamente los que no tienen fe en Dios. Al no querer morir, han tenido que inventarse algo que les alimente una esperanza vana.

El Catecismo de la Iglesia Católica (1013) nos sale al paso con una afirmación seria y escueta. Para quitarnos a nosotros, creyentes, y de una vez por todas, cualquier ilusión en este sentido, nos dice sin más:

- *No hay reencarnación después de la muerte.*

Y lo dice al citar el Concilio:

- *Cuando ha tenido fin el único curso de nuestra vida terrena, ya no volveremos a otras vidas terrenas, porque, como nos dice Dios en la Biblia, está establecido que los hombres mueran una sola vez (Hebreos 9,27)*

Los sentimientos frente a la muerte son muy encontrados. No todos pensamos igual.

Un pagano, como cualquiera que no tiene fe, la teme, se rebela, huye. Para él, sigue válida la expresión del orador romano, que calificaba la muerte como la cosa más terrible entre las terribles.

Un creyente tibio, flojo, que no vive la esperanza, se diferencia poco del pagano. Teme, y con razón. Porque no se siente preparado para un porvenir muy incierto...

Un creyente de verdad, un discípulo de Cristo, siente todo lo contrario. Se ve como un trabajador el día de la quincena:

- *¡Hoy, la paga! ¡Y qué paga!...*

A escuchar de labios del amo esas palabras del Evangelio:

- *Ven, empleado bueno y fiel. Entra en la misma fiesta de tu señor...*

¿De dónde le viene al cristiano esa serenidad, ese optimismo, y hasta la alegría ante el hecho de tener que dejar la vida?... Precisamente de esto: de que sabe que no deja la vida, sino que la cambia por otra mejor. Porque está cierto de que la vida verdadera es la que no acaba.

Una vida que termina, como la de ahora, más que vida es ya una muerte empezada y que tiene que tener un desenlace necesario.

Mientras que la vida futura que Dios nos promete, y en la cual se entra al cortarse la trama de la vida actual, es una vida tan eterna como Dios. ¿Dios no muere? Pues, tampoco puede morir el que se ha metido en el seno de ese Dios inmortal.

Se celebraba en la Plaza del Vaticano una enorme concentración mundial de los Movimientos Apostólicos en la Vigilia de Pentecostés. Dicen que había medio millón de personas, sobre todo jóvenes. Los representantes de cada Movimiento declaraban ante el Papa los logros conseguidos. Y el fundador del Camino Catecumenal decía: *Se ha quitado entre nosotros el miedo a la muerte* (Kiko Argüello, Roma 30-V-98), en alusión a la Carta a los Hebreos (2,15) que muestra a los hombres con un miedo atroz a la muerte que los hacía esclavos .

Cuando nosotros miramos con esa serenidad nuestro fin, sabemos por qué lo hacemos. ¿Jesucristo murió y resucitó para no morir más? Es la suerte que nos espera a los suyos. Morir en Cristo y con Cristo, es la gracia de las gracias de Dios. No cambiamos nuestra suerte con nadie...